



El doctor Alfio Piva es director del Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio) de Costa Rica, una asociación científica, sin fines de lucro, que promueve y vela por la conservación del medio ambiente, en colaboración con la propia Administración costarricense y otras instituciones internacionales. Sus actividades, y sus resultados, son hoy modelo para muchos países, cuya principal riqueza es la preservación de su medio natural. En una breve visita del doctor Piva a España, Diego Azqueta, profesor de la Universidad de Alcalá y Premio Nacional de Economía y Medio Ambiente, mantuvo con él una interesante conversación sobre los problemas del medioambientales y la forma en que Costa Rica los está abordando. Es la charla de unos expertos, que conocen y respetan la riqueza natural de nuestro planeta.

Economía y biodiversidad en Costa Rica

Charla entre Alfio Piva, director del Instituto Nacional de Biodiversidad de Costa Rica
y el profesor Diego Azqueta

CARIDAD PLAZA

Periodista

PROFESOR ALFIO PIVA. Como costarricense, es para mí un honor y una responsabilidad estar en una Universidad de tanto abolengo y tanta historia. Recordemos que en Costa Rica las Universidades son muy jóvenes, a diferencia de otros países de América Latina. La mayoría son de hace 40 años y sólo la Universidad Nacional, en Heredia, data de 1915. Yo fui rector en aquella Universidad, en un par de períodos, aunque ahora esté en una aventura diferente, la aventura del INBIO.

Cuando se tienen ya unos cuantos años, uno empieza a tener el derecho de hacer lo que más le gusta y yo he dedicado los últimos 12 años al Instituto Nacional de Biodiversidad (INBIO). El INBIO es una institución dedicada a potenciar la gran riqueza biológica que tiene Costa Rica para tratar de mantener un rincón del mundo protegido. “Pura vida”, es el slogan de nuestro país y no es sólo retórica. Tenemos la pretensión, ¿por qué no decirlo? de enseñar a otros pueblos que se pueden conseguir dos cosas al mismo tiempo: desarrollo económico y conservación de la naturaleza. Nos avala un estudio de hace 15 años del Banco Mundial, que decía que si algún país podía mostrar al mundo como se hacía conservación y desarrollo, ese era Costa Rica, contradiciendo la creencia clásica de la antagonía entre economía y medio ambiente o conservación.

Y ha sido así, poco a poco hemos ido consiguiendo que sean complementarios, no porque seamos más virtuosos, ni porque hayamos hecho una planificación gubernamental más difícil o más compleja. Nuestra aventura empezó por una necesidad, por la necesidad que teníamos de modernizarnos. Habíamos dedicado más de cien años a educar al pueblo y llegó un momento en que nos dimos cuenta de que ya sólo con el cultivo del café no podíamos tener teléfonos y con el cultivo del banano no podíamos comprar automóviles. Y menos todavía, en la época del ordenador.

Comprobamos que vendiendo café verde y bananos verdes a lo único que podíamos aspirar, precariamente, es a tener calzado y a comer. Es imposible que un pueblo como el nuestro, si no tiene otro valor agregado, satisfaga sus necesidades básicas. Costa Rica había intentado hacer una reforma social, una reforma de la salud, una reforma de la educación para que llegara a todos los pueblos de, por lo menos, mil habitantes. Quisimos llevar agua potable a toda la comunidad y energía eléctrica y telefonía... pero montados en el café verde vimos que era imposible. También comprobamos que las opciones que nos dejaba el mundo no era muchas, debido a la gran desigualdad entre unos países y otros.

Para que se vea claro voy a poner un ejemplo: los alemanes ponen precio a sus vehículos Mercedes Benz, pero también ponen precio en Alemania a mi café verde, porque el café sale de Costa Rica sin precio. Hoy un saco de café, de 46 kilos, vale 60 dólares y a un costarricense le cuesta producirlo 100 dólares. Perdemos 40 dólares por saco y ustedes, los países desarrollados, están tomando café barato, con sudor de pobre. Esa es la realidad: los 40 dólares los están subvencionando los más pobres. Por tanto, necesitábamos producir alguna cosa más. Y se nos empezaron a ocurrir otras cosas. Descartamos, a priori, la industrialización, que no era fácil por la gran competencia que existe, aunque, quizá, haya que intentarlo en algún momento. Pero, bueno, yo voy a referirme exclusivamente a mi tema, el medio ambiente.

Cuando el presidente Arias obtuvo los premios Nobel de la Paz y el Príncipe de Asturias, el mundo descubrió que ese pequeño país, llamado Costa Rica, estaba haciendo algo por su medio ambiente, que, curiosamente, estaba cuidando sus parques nacionales. Y, de pronto, comenzó a llegar gente. No teníamos turismo, ni siquiera teníamos hoteles. Y, por supuesto, no había guías turísticos, ni nada preparado. Pero las cadenas internacionales son muy rápidas y enseguida reaccionaron: Barceló y Meliá se instalaron rápidamente y, no solo solucionaron el problema del alojamiento, sino que sirvieron de escuela porque el ayudante del cocinero, que siempre es del país, al cabo de dos años en una cocina de un hotel, ya casi es cocinero. Y así, poco a poco, hemos ido aprendiendo y, en diez años, hemos pasado de ser un país en el que el turismo no era importante a ser un país turístico, que también viaja y que protege su medio ambiente.

Porque el 70 por ciento del turista que llega a Costa Rica afirma que va a los parques nacionales y eso nos diferencia de otros países. Nuestros par-

ques son una nueva forma de explotación de la tierra, una nueva forma de producir bienes, esta vez silvestres. Por eso hay que cuidarlos muy bien y hay que tenerlos en estado primitivo. De pronto empezamos a descubrir que nuestros enormes árboles centenarios son como las catedrales europeas. Ustedes tienen unas catedrales bellísimas, hechas por el hombre, hace 900, 400 años, pero yo no me quedo atrás. Yo tengo unos robles de 600 años, que vieron llegar a Colón y todavía están ahí. No son catedrales, pero se parecen. Y, como es cultura, también nuestro turismo es ordenado, culto y familiar. Algunas compañías hoteleras tuvieron que cambiar su mentalidad al llegar a Costa Rica porque lo nuestro era distinto: no teníamos la música de la República Dominicana, ni playas tan lindas como las de ellos. Las nuestras son playas hermosas, pero son grises y no blancas, aunque sean interesantes.

Y conseguimos el milagro. El año pasado vinieron un millón cien mil personas y tuvimos unos ingresos de, aproximadamente, mil millones de dólares. Toda la cosecha del café obtuvo 300 millones de dólares y toda la del bananos, fue de 400. El turismo dejó más que todos los cultivos juntos.

PROFESOR DIEGO AZQUETA. A mí me gustaría hacer una comentario general sobre lo que el doctor Alfio nos está contando. No hay duda de que Costa Rica está ayudando a resolver alguno de los graves problemas ambientales que tiene la humanidad, en términos globales, pero quisiera añadir un dato a lo que se nos acaba de exponer. Costa Rica está rentabilizando su riqueza ambiental de dos formas: con el turismo de la naturaleza que, efectivamente, es un mecanismo de preservación y, también, con el alquiler de su territorio para la investigación y seguro que Alfio Piva sabe más que yo sobre los convenios que se han hecho con las empresas farmacéuticas. No tengo nada que objetar. A mí me parecen dos pasos en la dirección correc-

Alfio Piva: Director del
Instituto Nacional de
Biodiversidad de Costa
Rica



ta, pero tienen que ser manejados con muchísimo cuidado. Y, de momento, un análisis coste-beneficio sobre los rendimientos que deja a Costa Rica el alquiler de su territorio muestra que el rendimiento todavía es negativo. O sea, que está bien que se pague por investigar, pero debería cubrirse el coste de la oportunidad de la tierra.

Porque uno de los grandes problemas que plantea la biodiversidad, a veces de forma muy crítica, es que hay que dar de comer a los que habitan el territorio. La gran pérdida de la biodiversidad vino dada por la colonización, por la transformación de las fronteras agrícola por personas que necesitan sobrevivir unos cuantos años hasta que el territorio deje de ser rentable. Pero cuando se transforma un bosque primario en secundario se necesitan muchas hectáreas para sobrevivir porque la tierra no da para mucho. Eso mismo puede pasar con el turismo de la naturaleza. Es válido pero no nos debe llevar a ignorar un problema: la capacidad limitada que tienen los distintos ecosistemas, aunque

haya que tener en cuenta los intereses financieros y los intereses de la propia población local.

No estoy demonizando a nadie porque sé que, cuando las sociedades tienen niveles de renta muy bajos y la tasa de descuento es muy alta, las necesidades futuras no se valoran, como se valorarían en sociedades más adelantadas. Necesariamente es la rentabilidad a corto plazo la que prima. En Galápagos, por ejemplo, se ha excedido la capacidad de carga, simplemente, porque hay que resolver unas necesidades tan primarias que no pueden esperar.

Estoy hablando, en general, porque, efectivamente, creo que, en líneas generales, Costa Rica va por delante, tanto en lo que se refiere al alquiler del territorio para la industria farmacéutica, como al turismo de la naturaleza y, de hecho, en todos los libros de texto, aparece este país como modelo. El otro es Australia. Esos son los dos principales países que tienen turismo de la naturaleza, como componente importante de su producto interno bruto. Y se lo

pueden permitir porque, como muy bien ha dicho Alfio, son los que tienen catedrales naturales. Pero no podemos olvidar que hay una gran cantidad de países que no tienen esas catedrales y que también tienen que resolver sus problemas ambientales.

Y hay otro grupo más, cuya biodiversidad se encuentra amenazada, aunque tenga catedrales, como es la Amazonía, donde las vías de penetración, la propia colonización, etc. está haciendo estragos y hay ya un problema grave. Pero lo que amenaza el planeta no es sólo la pérdida de la biodiversidad. Ese es uno de los tres más grandes problemas que tenemos. Los otros dos son el calentamiento atmosférico y el deterioro de la capa de ozono. Y un cuarto, la distorsión del ciclo hídrico y la pérdida de la calidad del agua a nivel global. Por eso tenemos que buscar soluciones más drásticas, más globales, aunque, como ya he dicho, a mí siempre me ha interesado mucho la experiencia de Costa Rica.

ALFIO PIVA. Nosotros tenemos una ventaja. Porque en Guatemala, en el sur de Méjico, en Nicaragua o en Honduras también hay catedrales naturales, pero, tal vez, Costa Rica tiene mayor accesibilidad. Desde la época colonial su centro histórico, su desarrollo coincide con el centro neurálgico del país y la diagramación de todas las carreteras es siempre del centro a la periferia. Cualquier rincón de Costa Rica queda relativamente cerca de la capital, San José, y cerca del aeropuerto, y ha sido así siempre, porque ahí se establecieron los españoles. Esta circunstancia y que la conservación ha sido siempre una tradición costarricense, nos hace ser un poco distintos.

CARIDAD PLAZA. Y algo influirá el nivel de vida...

DIEGO AZQUETA. Yo creo que los problemas ambientales, en lo que se refiere a la especie humana, tienen que ver con cómo se satisfacen una serie de necesidades, qué tipo de necesidades y cómo se

hace. Tenemos poblaciones que no cubren sus necesidades más básicas y no tiene la solidaridad del resto de la humanidad para hacerlo. Por tanto, presionan sobre los recursos naturales, que son lo único que tienen a su alcance. Nuestro proceso de desarrollo, para bien o para mal, ha roto la dinámica de las sociedades tradicionales que, con un sentido de permanencia, sabían que tenían que vivir en un sitio durante generaciones y, por tanto, lo cuidaban. Y de pronto ha irrumpido una racionalidad nueva que ha traído consigo más movilidad, mayores intercambios y alternativas nuevas. Esto ha generado una, todavía mayor, diferenciación social y una marginación muy fuerte que ha llevado a que, las personas menos favorecidas en este proceso, hayan tenido que buscar el sustento presionando sobre unos recursos que ya no son vistos con sentido de permanencia. Podemos decir, por tanto, que la pobreza es una de las principales causas de los problemas ambientales. Pero, en el otro extremo, nos encontramos con la paradoja de que es el exceso de riqueza la que lo daña.

Estados Unidos satisface unas necesidades que no consideramos básicas y lo hace sin tener en cuenta el impacto sobre el entorno. No interioriza que el hecho de producir energía eléctrica o movilidad o intercambio o lo que quiera que sea, tiene unos costes ambientales y sigue funcionando sin solidaridad, y pensando que ya lo pagarán los demás. Y ahí tenemos, en la riqueza, la otra fuente de los problemas ambientales.

ALFIO PIVA. Volviendo a mi país. La ventaja de Costa Rica es la gran concentración. Somos la parte más estrecha del continente, unos 200 kilómetros en línea recta desde el océano Atlántico al Pacífico, dos grandes mares y una cordillera muy alta, de casi 4.000 metros, en el centro. Por tanto, en un pequeño espacio se da toda la variedad de climas. Pero también influye que ese pedacito de mundo surgió hace menos de 80 millones de años. Es muy

nuevo. Antes había un gran canal interoceánico, que comunicaba los dos grandes mares. Al surgir un continente nuevo comenzó a repoblarse de seres venidos de los dos mares y del sur y el norte. Lo que hoy es Costa Rica fue el encuentro de dos tipos inmensos de flora y fauna, los que emigraban hacia el sur y los que lo hacían hacia el norte. Muchos se quedaron ahí y dieron lugar a nuevas especies. Lo mismo pasó con los emigrandos de los dos mares, que llegaron al continente. Así que tenemos especies de origen canadiense y de la Patagonia, que convivieron juntos y dieron lugar a nuevas especies. El corredor se levantó y se fue haciendo estrecho. Por tanto, las migraciones fueron obligadas a pasar por un espacio muy estrecho, tanto de norte a sur, como del Atlántico al Pacífico.

Y, además, se cruzaron con otras razas apícolas, traídas por los españoles, y se convirtieron en especies más mansas. Si hubiéramos cobrado por ese peaje... También se nos podría haber ocurrido traer razas mansas de Bulgaria, para que se cruzaran con las que pasaban y exportar el resultado al norte. Es broma, pero lo que no es broma es que, con un buen conocimiento, se puede obtener riqueza de la biodiversidad.

Pero, cambiando de tema, yo quisiera discrepar un poco del profesor Azqueta, porque no estoy de acuerdo con el término “prestar” o “alquilar” el territorio para investigaciones científicas. Antes de que ni siquiera se pensara en utilizar la palabra alquilar, nosotros, sin darnos cuenta, habíamos prestado el territorio a cambio de nada. Las empresas farmacéuticas venían, con la complicidad de las Universidades, de los jardines botánicos o de los organismos zoológicos, todos éramos complacientes, y escogían lo que les parecía, se lo llevaban y en el país no quedaba un céntimo. Eso era lo normal desde la época de Jesucristo y, como era lo normal, nadie escribía sobre eso. Cuando se le ocurrió al INBio cobrar, empezaron a llegar las

acusaciones y, encima, de cosas que no se habían hecho. Lo sé muy bien por que yo fui el autor, el editor y el sufridor de todo este problema.

En 1989, cuando se fundó INBio, el gran reto era hacer que la biodiversidad produjera riqueza. ¿Qué riqueza?. Primero espiritual, segundo científica e intelectual, para bien de la sociedad que estaba conservando esos recursos y, por último, económicos. El último era el único que parecía una utopía. La primera vez que yo hablé de ecoturismo se me dijo que era un científico trasnochado porque en el mundo sólo existía el turismo. “No me le ponga apellidos —me dijo un ministro—. El turismo es lo que es y la gente quiere divertirse y no venir a sufrir, ni a estudiar, ni a trabajar. Viene a descansar”. Bueno, pues hoy tiene apellido. Es más, tiene dos apellidos, se llama agroecoturismo y se va extendiendo.

He estado en España, en Galicia, por invitación de Manuel Fraga para ver el turismo gallego, que ellos llaman turismo rural. No es lo mismo pero está también ligado a una segunda economía. No se trata de transformar a una familia en turistólogos. Se trata de dejar que la familia siga siendo campesina y que incremente sus ingresos vendiendo sus vinos, sus quesos, su carne, y su pescado a un precio justo, o que el arte culinario de la señora se valore. Ese milagro todavía no ha llegado a Costa Rica, pero estamos en ello porque queremos dignificar lo nuestro y que la gente venga y aprecie nuestros productos.

Todo esto hoy empieza a ser posible. Antes, los parques nacionales eran una carga para el Estado y, aunque los naturalistas sabíamos que era importante conservarlos, no veíamos mas allá. Algunos científicos venían a hacer ciencia y, por supuesto, a hacer negocio con la ciencia, y ni nos dábamos cuenta. ¿Cuántas plantas regalamos? Montones. Comenzamos a pensar que podían ser rentables,

pero no sabíamos cómo. Queríamos investigar en nuevos medicamentos, pero no teníamos dinero. Carecíamos de fondo y tuvimos que pedir ayuda a algunos amigos. Un profesor de la Universidad de Cornelia nos dio una idea, que él llamó bioprospección. Conseguimos una subvención de la fundación MacCarthur, hicimos un concurso y seleccionamos a diez profesores para que hicieran diez investigaciones diferentes. Cuando las concluyeron fuimos a presentarlas, porque era un concurso, y, dentro del equipo, había un profesor joven, que era director de los laboratorios Merk, nos ofreció una donación porque estaba interesado en que se siguiera investigando. Muy hábilmente le dije que no venía a pedir limosna, ni a pedir que me regalaran nada. “Cuando ustedes estén dispuestos a hacer un contrato de igual a igual –les dije– hablamos”. Un mes después llegaron unos abogados y un año más tarde se firmó el primer convenio de bioprospección que existía en el mundo.

Desde el principio quisimos darle un carácter jurídico, que sirviera como base para una legislación costarricense, que no existía. Eso fue a finales de 1989 y en el convenio que firmamos se incluían unas pautas, válidas todavía hoy, aunque se puedan mejorar: una de las más importantes es que no se puede alquilar el terreno. Se paga por la conservación de la biodiversidad que han hecho las generaciones anteriores y decidimos que el precio sería el 10 por ciento del total del presupuesto del proyecto y que debía pagarse previamente, bien al Estado, al particular, si la finca era privada, o a la comunidad indígena. Esto se hizo de acuerdo con el Gobierno y de ahí partimos. Quizá si hubiéramos puesto el 15 nos hubieran dicho que sí.

Después se hizo un presupuesto exacto de los costes: recoger las hojas, las flores, etc. y la empresa se comprometió a pagar el cien por cien, incluido

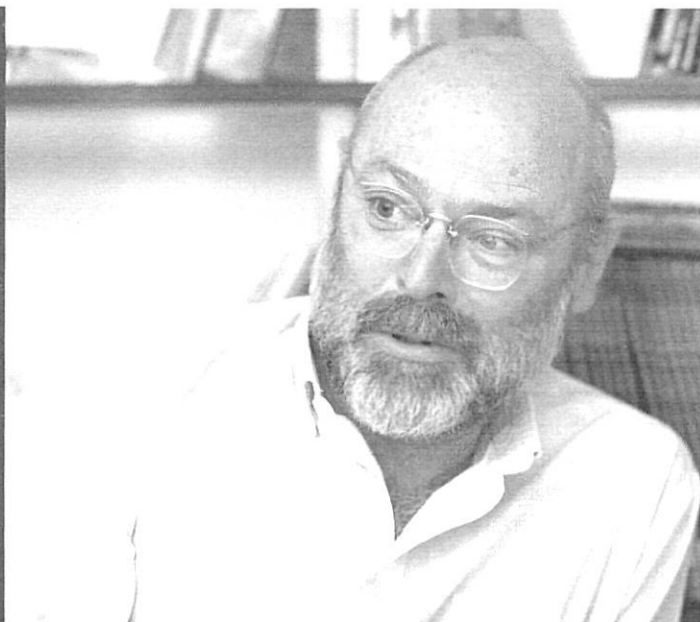
los sueldos para los muchachos y las edificaciones. Como no teníamos laboratorios, se los alquilamos a la Universidad de Costa Rica por un precio justo y pudimos contar con sus químicos. La Universidad, además pidió un equipo y Merk lo aceptó. Por tanto, el convenio se cerró en 1.135.000 de dólares, 135.000 en bienes para la Universidad que se compraron en Estados Unidos.

La siguiente negociación fue del número de especies, que no podía ser infinito, y se acordaron 200, aunque en Alemania se nos acusara de haber vendido toda la biodiversidad de Costa Rica por un millón de dólares. Tampoco fue verdad que vendiéramos el conocimiento indígena, entre otras cosas, porque las grandes compañías no quieren para nada ese conocimiento tradicional. En sus bases de datos tienen almacenado todo, lo tradicional y lo nuevo. Es más, hay una base de datos en la Universidad de Illinois, que es pública, y que se puede consultar y tiene todos los datos de la biodiversidad del mundo. Precisamente Merk tenía interés en algunas plantas porque ya tenía los datos de las especies y conocía los radicales que necesitaba.

DIEGO AZQUETA. Yo tenía entendido que el convenio incluía, como pago al INBIO, de una participación en los beneficios que Merk obtuviera con la comercialización de los medicamentos que se probara se habían desarrollado a partir de esta investigación...

ALFIO PIVA. Ahora vamos a eso. Lo más difícil de la negociación no fue el 10 por ciento ni siquiera la posible participación en los beneficios. Lo complicado fue saber qué plantas, si eran plantas con flores, cuáles eran raíces y cuáles corteza y que la muestra se tomara sin alterar el árbol, porque nuestro deber era que fuera una explotación que no dañara y que no se repitiera. Por tanto había que hacer la síntesis para que no se saqueara el

Diego Azqueta:
Catedrático de Teoría
Económica de la
Universidad de Alcalá



bosque. No podíamos consentir que pasara lo que pasa con la "raicilla", que la gente sigue yendo a buscarla porque no se ha encontrado sustituto. Todo esto figuraba en el contrato y por eso fue tan complejo. Al final, el profesor de la Universidad de Cornelia nos aconsejó que cobráramos royalties, pero no sabíamos cuánto porque era la primera vez que se cobraba eso, en la historia de la humanidad. Así que contratamos a una firma de abogados de Estados Unidos y ellos calcularon que podría ser entre el 1 y el 4 por ciento. Comenzamos por el 4 y acabamos por el 1,25, con la posibilidad de subir el porcentaje, dependiendo del valor de la muestra.

Sé que cometimos un grave error y fue aceptar la imposición de Merk de que el convenio fuera secreto, cuando no había nada que tuviéramos que ocultar. Pero al declararlo secreto todo el mundo pensó que un millón de dólares era muchísima plata y se empezó a decir que Merk había pagado por toda la biodiversidad de Costa Rica y que ha-

bíamos metido secretos indígenas. Se escribieron ríos de tinta y hoy, diez años después, INBio ha hecho 82 contratos similares y, en algunos casos, cobra el 50 por ciento en royalties.

Claro que una de las cosas que alegó Merk es que si se pagaba el 1 por ciento de un antibiótico importante o de un antiinflamatorio, ese dinero podía llegar a ser una parte muy importante del presupuesto de Costa Rica. Pero lo cierto es que todavía no se ha comercializado ningún fármaco de Merk y que tenemos que esperar, aunque sea una espera activa, porque Merk continúa trabajando. El ritmo es más lento ahora ya que, al bajar la economía norteamericana, baja la investigación. En lo primero que se nota una crisis es en la investigación porque hay cantidades de sustancias almacenadas.

Si resumimos lo que ha pasado nos encontramos con que INBio ha invertido 12 millones en la aventura de la biointrospección y no ha salido ni



un solo céntimo del Gobierno. En 12 años INBio ha gastado 50 millones de dólares, 12 en biointrospección y el resto en la conservación de los parques nacionales y en los diferentes trabajos. Todo ese dinero ha venido de las empresas. Se han pagado sueldos de costarricenses y preparado al país para una transferencia de tecnología importante. Hoy día Costa Rica conoce muchísimo más de lo que conocía antes y podemos decir, con mucha alegría, que estamos haciendo la misma biointrospección, que hace Alemania, Inglaterra o Estados Unidos y, dentro de Estados Unidos, la que hace el más moderno de los laboratorios. Y, además nos hemos permitido el lujo de decir que no a empresas como Bayer, porque no quiso pagar lo que le pedimos. En estos 12 años se han formado unos 40 costarricenses, entre ellos dos abogados, que no tenía el país, y uno acaba de obtener el premio CNN Life, como el mejor del mundo por el trabajo que ha hecho en el INBio.

DIEGO AZQUETA. Voy a intentar explicar un poco mi postura porque creo que quizá el término alquiler no ha sido muy afortunado. Creo, sinceramente, que Costa Rica ha dado un paso en la dirección correcta, que consiste, simplemente, en valorar los servicios que la biosfera nos proporciona y en valorar los distintos ecosistemas. Porque el primer paso para gestionar adecuadamente

los recursos es conocer su valor. Dicho esto, y como lo que se pretende es ir hacia delante, yo el pero que le veo es el mecanismo a través del cual se ha valorando la biodiversidad. La biodiversidad cumple una gran cantidad de funciones y, cuando hablamos de la industria farmacéutica, deberíamos hablar de lo mismo, de que alivia una serie de sufrimientos y combate las enfermedades y el enorme valor social que eso tiene. Ahora bien, el problema está en el desfase que hay entre la necesidad y el valor económico. No tengo nada contra la industria farmacéutica, pero no se me oculta que esa industria concentra sus inversiones en un sector de enfermedades que no son siempre las prioritarias.

ALFIO PIVA. Pero sí las más rentables.

DIEGO AZQUETA. Ahí es a donde voy. Si queremos movernos en la dirección correcta hay que adecuar el valor que tiene la investigación, basada en la biodiversidad. El mundo desarrollado es el más rentable, de acuerdo. Por eso el porcentaje más importante de los beneficios de la industria farmacéutica no es el exponente de la satisfacción que proporcionado a la humanidad: reducir el dolor, el sufrimiento, alargar la vida en condiciones dignas, etc. No lo es, pero la economía sí tiene mecanismos más expeditivos para descubrir cuál

es ese valor. Por tanto, a mi modo de ver, sería más correcto, medir el impacto que tiene la aparición de un fármaco nuevo sobre las tasas de mortalidad de los colectivos afectados y, a partir de ahí, aplicar los precios correspondientes. Por otra parte, habría que buscar una reorientación de la investigación para que sea socialmente rentable —no sólo financieramente— y que trate de aliviar enfermedades más extendidas, más perentorias y más fáciles de eliminar, aunque el poder adquisitivo del receptor no interese al mercado. Lo que quiero decir es que a Costa Rica se le debería de pagar por otra cosa. No un porcentaje de los beneficios de las empresas farmacéuticas, sino porque es un exponente real del valor de esos descubrimientos.

Mi segundo comentario es que no debemos poner todos los huevos en la misma cesta. Costa Rica, efectivamente, tiene un capital humano suficientemente desarrollado como para poder proporcionar un servicio en condiciones óptimas, pero hay otros países que no lo tiene y, si no solucionamos las necesidades más básicas, no van a ser estos convenios los que saquen de la miseria a ningún país.

ALFIO PIVA. Comparto todo lo que dice y quisiera haber hecho algo así, porque hubiera sido más justo. Patarroyo, por ejemplo, ha hecho cosas muy lindas en Colombia y es un gran investigador que ganó el premio Príncipe de Asturias por sus descubrimientos sobre la malaria, pero Patarroyo tiene detrás un país grande, como es el colombiano. Nuestro caso es distinto. Queríamos potenciar nuestra biodiversidad y se nos ofreció la oportunidad, nos salió al paso. Hoy en día creemos que no es la biointrospección la que va a sacar la conservación adelante, ni es la mejor inversión que se puede hacer, pero es una fórmula más para conseguir algún dinero y pagar la conservación.

DIEGO AZQUETA. Desde luego. Está clarísimo que se ha abierto el camino para que se entienda que las cosas no son gratis, que cuando algo sirve, hay que pagar por ello.

ALFIO PIVA. Un país como Brasil, que han regalado tanto y han cobrado tan poco...

DIEGO AZQUETA. Es que están forzados a regalar lo que sea porque tienen una deuda externa que asfixia sus economías y no se les da otras opciones. Hay países que están vendiendo la madera de forma insostenible, simplemente, porque el valor de las divisas que obtienen es altísimo y no se pueden permitir el lujo de no venderla. Como gestores somos un verdadero desastre porque estamos obteniendo un valor ínfimo del territorio y tenemos unas relaciones muy cínicas con los países subdesarrollados. Les pedimos que nos preserven la naturaleza, que mantengas los pulmones del planeta, que conserven su biodiversidad, pero no les damos los medios para hacerlo. Les hemos ayudado a endeudarse de forma irresponsable y ahora les obligamos a pagar una deuda sin darles ninguna opción y sin abrirles los mercados a los productos ni a la emigración. Y, encima, nos sorprende que deforesten de forma salvaje porque la madera da divisas. El pulmón del planeta no es rentable y la biodiversidad, hasta que Costa Rica no ha abierto el camino, tampoco.

ALFIO PIVA. Yo lo que quiero es que ustedes me ayuden a hacer mejor las cosas, porque eso lo que ha dicho es muy importante, tan importante que lo llevamos a Kyoto y ganamos, pero luego lo llevamos a Holanda y perdimos. A ver si ustedes nos ayudan a que ganemos la próxima vez. Nosotros decimos que el mundo desarrollado, sobre todo los Estados Unidos, produce el 40 por ciento de la contaminación del ambiente, quema oxígeno y quema combustible que alguien produce. Y cada país debería echar la cuenta de lo que quema y de

lo que expulsa al aire. Occidente produce CO₂ en exceso y sus árboles no son suficientes para fijar esa cantidad. Como yo tengo bosques se me ocurre que puedo ser yo el que estoy fijando parte del CO₂ occidental y deberían pagarme por ello.

DIEGO AZQUETA. El protocolo de Kyoto se rompió por dos cosas: la valoración de los bosques, como semillero de carbono, y el tema de los permisos de contaminación negociables. Lo que dice es totalmente correcto. Desde el punto de vista dinámico, la mayoría de los bosques ya no absorben carbono, pero son un depósito. Si usted los quema, libera todo a la atmósfera y hace que el problema sea mucho más grave. Lo lógico, entonces, sería remunerar para que no se quemem. Pero hay un peligro y es que alguien podría pensar en plantar árboles para que se los paguen, con el riesgo de sacrificar terrenos ecológicamente muy valiosos para transformarlos en plantaciones forestales.

En este caso, si alguien llena un espacio de árboles de rápido crecimiento y cobra por ello, las consecuencias serán peores, acabaremos con los manglares, etc. Hay una frontera difícil de trazar. Por ejemplo, el caso de Ecuador, que cree que deben pagarle por no tocar sus bosques y, además, porque tienen debajo petróleo. Hay que remunerarlos doblemente: por el árbol que no arranca y por el petróleo que no saca. Y China dice lo mismo con el carbono. Nos estamos moviendo en la dirección correcta pero, como economista, veo un peligro: si todo el mundo retiene carbono y hay que pagar por él, el precio de la tonelada será tan barato, por la ley de la oferta y la demanda, que, nuevo, contaminar estará a precio de saldo para los países desarrollados.

No quiero ser tan pesimista. Europa está reforestando y la situación no es espantosa. España no está mal y tiene la mitad de la biodiversidad europea. Y otra parte, Europa, en general, mantiene

unas posturas aceptables y ha conseguido que Japón y Australia, que estaban en la órbita norteamericana, cambien de criterio. Lo que clama al cielo es la postura norteamericana, la de Bush, porque Estados Unidos, que tiene un medio ambiente bueno, ha exportado su huella fuera, en lo que un economista muy conocido ha llamado la conexión hamburguesa.

ALFIO PIVA. Costa Rica ha padecido esa conexión. Nosotros deforestábamos para que fuera barata nuestra carne y poder pagar al Banco Mundial. Es muy interesante ver la curva de deforestación de nuestro país, que caía continuamente hasta que empezamos con las leyes ambientales. En el momento en que empezamos a trabajar sobre esto, le dimos la vuelta a la curva.

DIEGO AZQUETA. Es un bonito ejemplo: deforestó para obtener divisas y, cuando interrumpo la deforestación, consiguió aumentar la cantidad de divisas. Y es que muchas veces es un problema de gestión.

ALFIO PIVA. Hemos aprendido mucho en estos diez años. Ahora, por ejemplo, estamos apostando por los pequeños hoteles familiares más que por las grandes compañías y Costa Rica exporta 5 millones de dólares en pulpa de mariposa. Hay 300 familias costarricenses que exportan mariposas muy vistosas, muy desconocidas, pero que se pueden cultivar y la pulpa aguanta el transporte varios días hasta llegar a su destino. En Estados Unidos las compran para las bodas. En vez de tirar arroz, lanzan mariposas y algunos ricos tienen en sus jardines mariposas importadas. Podría haber un problema ambiental, pero las mandamos sin virus y, para un montón de familias pobres, es una renta. También exportamos 60 millones de dólares en plantas ornamentales, en hojas, sobre todo para Europa, que se utilizan para los ramos. Hay países que mandan la flor y nosotros manda-

mos la hoja. Somos el principal productor de helados del mundo y la mayor parte se sacan de los bosques, una sola vez. Luego se reproducen porque hay que venderlos sin virus, sin bacterias y sin hongos. También se nos critica por eso, porque tenemos un montón de invernaderos.

Lo que cada vez exportamos menos son bananos porque son muy contaminantes y están muy baratos. Para hacerse una idea de lo que ha ocurrido en Costa Rica basta decir que hace 12 años vendíamos al exterior 12 productos y este año hemos exportado 350. Ya hemos pasamos de los 3.000 dólares per capita. Hemos llegado al límite y no tenemos ayudas, pero estamos contentos porque lo hemos logrado conservando.

DIEGO AZQUETA. Y se puede seguir consiguiendo por esa vía. Nosotros hemos hecho un cálculo de lo que costaría convertir el agua en potable con y sin bosques... y es mucho más barata con bosques.

ALFIO PIVA. Y más cosas. Si yo tengo una cascada, si tengo una belleza escénica y alguien la quiere ocupar, tiene que pagar por su existencia.

DIEGO AZQUETA. En Costa Rica, además del valor de uso de los parques naturales, hay un valor de existencia. Las personas disfrutan yendo allí y están dispuestas a colaborar en la preservación. La cascada tiene un valor recreativo. Se va a verla porque se ha descubierto en los folletos de viaje. Pero, además, tiene un valor de uso para el que tiene una propiedad o una vivienda. Si usted tiene un apartamento en primera línea de playa vale más que si mira hacia atrás. Ese diferencial de precios no es, por supuesto, lo que vale conservar la playa o la cascada, pero sí es un indicador de lo

que se valora la comodidad en el acceso al disfrute de esos bienes. El peligro real del turismo de la naturaleza es la saturación, pero cuénteles al que tiene un terreno junto a una cascada y quiere construir unos apartamentos con demanda, que no lo puede hacer porque estropea el entorno.

Por eso es difícil y hay que gestionar muy bien la capacidad y el valor de existencia, para compensar la frustración de las expectativas del dueño del terreno. Hay que decirle que le van a comprar sus tierras a buen precio precisamente para que no se haga nada en él y es eso lo que debería intentarse, por ejemplo, en Galápagos. Tenemos que pagar a la gente para que se vaya y conseguir que aquello no termine siendo otro Hawái. Sin llegar a ese extremo, es difícil para una persona que ha sido pobre toda su vida, que le digan ahora que no puede construir.

Hoy hay mayor conocimiento pero estamos perdiendo parte del capital social. Nos estamos individualizando en exceso y gran parte de los problemas ambientales, a nivel local, parten de esa falta de sentido de pertenencia. Si no me siento identificado con mi entorno no lo cuido y ese es uno de los problemas de la globalización. Por eso no nos sorprende ver la postura de la Administración norteamericana, que es la respuesta a la lógica que estamos viviendo. Cuando veo esfuerzos como los de Costa Rica, que valora lo que tiene e intenta que la naturaleza deje de ser una fuente de recursos para pasar a ser un patrimonio, me siento optimista. No consumen lo que tienen, sino que lo disfrutan con los demás y, encima, les permite satisfacer sus necesidades económicas. Pero nuestra lógica va más por el otro lado, por tomar a la naturaleza como una fuente de recursos apropiables, excluyendo a los demás y para mi exclusivo provecho. ●